

EL REALISMO DE LA PICARESCA

FRANCISCO GARROTE PÉREZ

A LO LARGO de muchos años, mis lecturas sobre este tema han sido abundantes, ya que me ha preocupado y ha atraído constantemente mi curiosidad. Y siempre ha surgido la misma dificultad, consistente en que es imposible entender el realismo picaresco a partir de la *Poética* de Aristóteles, tampoco desde el realismo decimonónico. Creo que de fondo existen otras implicaciones, que pretendo desentrañar. Lo que no se puede hacer es aplicar el concepto que tenemos de realismo a la literatura de todas las épocas, pues, aunque se trate de una constante histórica, cada época ha tenido su propia percepción sobre el término. Parte de la crítica ha visto que el realismo de la picaresca tiene algo propio y específico y han intentado adjetivarlo con el término de “psicológico”, algunos lo llaman “mental” y otros con adjetivos similares.

La solución del problema creo vislumbrarla en el neoplatonismo y su fondo hermético, dominantes en la época en que surge esta novela. Este realismo no es la defensa de un mundo natural, como tampoco la oposición al idealismo, que en sus orígenes está muy próximo al realismo filosófico, sino que realismo e idealismo son tal vez las dos caras de una misma moneda. Considero que por este camino se logrará acotar la naturaleza del realismo picaresco y describir sus características.

CONSIDERACIONES BÁSICAS COMO PUNTO DE PARTIDA

El núcleo central de la antropología neoplatónica y animista enseña que el hombre es un espíritu (alma, conciencia) envuelto en una materia (cuerpo). Es una existencia, cuya esencia está oculta tras las apariencias o su espíritu opacado

por las sombras, pero el éxito en la tarea de su realización o perfección reside en conquistar esa esencia, llegar a la plenitud del espíritu. Para conseguirlo, debe saber que esas apariencias o sombras (lo material) no se limitan exclusivamente al cuerpo o a las formas imperfectas de las cosas¹, sino que abarcan todo aquello que implica la existencia en este mundo umbrátil, como el modo de relacionarse con lo que le rodea y su naturaleza, la forma de vivir y de organizarse en sociedad, incluye también el uso de las riquezas, las situaciones de injusticia..., todo lo que genera esta realidad imperfecta en que vive el ser humano.

Para el neoplatónico, la sombra es imperfección y la luz sería la perfección, cada vez menor según el grado de alejamiento de la fuente de perfección. En el caso del ser humano, el alma sería lo perfecto o una participación de la perfección, mientras que el cuerpo o la realidad en que se desenvuelve significarían la imperfección. Esto ya es una primera llamada de atención, pues es suficiente para descubrir que el realismo de la picaresca, si se centra en el objetivismo, lo único que presenta a la consideración del lector es un cúmulo de imperfecciones, pues eso es la realidad, nunca su verdad.

Si se quiere empezar a vislumbrar la dimensión de este realismo, hay que pensar que este alma (interioridad, conciencia u hombre interior), opacada por la materia, tiene que manifestarse tal cual es mediante la superación de lo material, para que el ser, que es una existencia, descubra su verdadera esencia o perfección. Esa necesidad imperiosa de levantar el vuelo hacia la luz (perfección), hacia el ideal, base de este realismo, se ve impedida por la opacidad de las sombras o la inconsistencia de las apariencias (imperfección), sobre todo por las propias deficiencias del ser humano y las imperfecciones de la realidad (sociedad) en que vive,

¹ La idea es común a toda la ideología neoplatónica. Veamos algunos ejemplos: “Tales formas ni son suficientes, ni nos muestran suficientemente las cosas divinas. Pues las verdaderas cosas son las ideas, las razones y las semillas. Pero las formas de los cuerpos parecen ser más bien sombras de las cosas que cosas reales. Pues así como la sombra del cuerpo no da una figura fiel y distinta del cuerpo, igualmente los cuerpos no nos muestran la naturaleza propia de las cosas divinas.” (M. Ficino, *De amore*, pág. 33). “Pues un hombre verdadero y la idea de hombre es una misma cosa. Pero cualquiera de nosotros que está separado de Dios en la tierra no es hombre verdadero, porque está separado de su idea y de su forma.” (*Ibid...* pág. 185). “Receptione formarum ideo materia non impletur (vt per aeternam nouarum affectatinem protestatur) quia ne veras accipit, nec vere recipit quod recipere videtur. Non enim quae vere sunt, sensibilia ipsa sunt atque indiuidua (...) Quae vere sunt semper manent, quae autem generationi subiacent atque corruptioni, non vere dicuntur esse.” (G. Bruno, *De umbris idearum*, “De triginta idearum conceptibus”, Conceptus VII.G). “Por tanto, Tat, las cosas terrestres no son verdad, sino meros remedos de la verdad, y ni siquiera todas sino sólo unas pocas. Todo lo demás es falsedad e impostura, Tat, ilusión, constituido de mera apariencia, como imágenes; cuando estas apariencias reciben el influjo desde lo alto se convierten en imitación de la verdad, pero sin esa energía queda abandonada a su propia mentira. (...) Te equivocas, hijo, sobre la tierra no existe en modo alguno la verdad, ni puede llegar a haberla (...) Cuando pienso y digo: “Todo es apariencia e ilusión”, pienso y digo cosas verdaderas.” (*Textos Herméticos*, en *Extractos de Estobeo*, págs. 264-65).

lo que entonces llamaban “vicios” y que en realidad integran una gran parte de la narración picaresca. La dificultad se centra en cómo superar esas situaciones viciosas o injustas, cómo salir de la imperfección y comenzar el camino hacia los diversos grados de perfección, en otros términos, cómo evolucionar, porque, si no se libera de las apariencias, no podrá caminar hacia el ideal (idea universal) de una mayor perfección o traer ese ideal a la imperfección de este mundo o de esta sociedad, que son la dos direcciones por las que circula la ideología neoplatónica y justifican este realismo. En una palabra, cómo realizarse o cómo practicar el proceso de individuación.

Tarea que sólo se puede llevar a cabo o por *el amor a la belleza*, cuando el ser humano quiere encumbrarse hasta el ideal (vía pasiva, contemplativa y trascendente), o por el *trabajo*, cuando desea introducir el ideal en la sociedad con intención de transformarla (vía activa, inmanente y creativa) o también por la vía intermedia de la conversación y la amistad, que da lugar a la literatura de Diálogos. La primera informa la lírica neoplatónica, mientras que la segunda, en parte también la tercera, serían las líneas que posibilitan el realismo picaresco. Pero separar ambas líneas supondría caer en una clara falsificación. Por la primera vía, mediante la sabiduría, se descubre el bien, el ideal, pero, al llegar a la vía activa, hay que adaptar los actos humanos a dicho bien, para gobernar con prudencia y justicia los asuntos propios, los domésticos o los públicos. Es, por tanto, una doble vía complementaria, que busca la *coniunctio oppositorum*, donde desaparece el lenguaje dual de realismo e idealismo y se accede a una unidad superior de síntesis y de totalidad, donde el individualismo es superado por la integración².

En cualquiera de las vías, pero fundamentalmente en la segunda y tercera, lo material se supera mediante un acto de intercomunicación, donde se ponen en contacto varias subjetividades individuales (los personajes), que reflexionan o analizan los puntos discordantes y aquellos que tienen en común sobre la realidad que les rodea. Lo importante es el diálogo entre subjetividades, entre individuos,

² Ficino tiene muy clara esta cuestión: “Est autem philosophi officium, divina nosse, gubernare humana: in illo contemplativa philosophia, in hoc activa comprahenditur. Philosophus itaque primo divinam, id est, absolutam ipsius boni naturam per sapientiam contemplatur. Deinde ad id bonum velut ad finem humanas operationes dirigens humana gubernat. Haec autem gubernatio duo requirit. Primum, ut quid humana natura sit, et quo pacto ducatur ad bonum, a malo removeatur, cognoscat: quod quidem per prudentiam philosophus agit. Alterum, ut sic instituat hominum et affectus et actus, sic temperet atque cohibeat, ut ad bonum quod sapientia ipsa invenerat, et ad quod prudentia deinde direxerat, facile tendat. Id vero per morales virtutes efficitur, quas omnes uno iusticiae nomine Plato complectitur. Atque ex iis duobus humanorum gubernatio constat. Eiusdem autem est scire recte hominem unum, familiam ac rempublicam gubernare.”, *Pseudo-Plato. Amatores sive de philosophia*, pág. 1, trad. de Ficino. (Ed. digital). Exactamente igual sucede en los diversos “artículos” de “De vinculo cupidinis et quodammodo in genere”, in *De vinculis in genere*, de Giordano Bruno.

que se manifiestan libremente tal cual son y aportan su pensamiento y sus sentimientos personales. La intersubjetividad es el camino hacia la luz, el ideal o la idea universal.

El esfuerzo liberador de la materia, sea en la línea que sea, implica en este realismo una primera etapa de sufrimientos (estadio de purificación) para salir de ese estado material de imperfección y privación hasta conseguir el triunfo liberador, lo cual exige desplegar y desarrollar el germen que llevamos dentro y tener en cuenta todas las facultades y posibilidades personales³. Si se invierte bien el esfuerzo en la consecución del ideal y su aplicación reguladora y ordenadora a la realidad, el éxito personal está garantizado, siempre que uno quiera, lo desee y ponga los medios necesarios.

Es necesario tener claro también que, dentro de esta etapa animista del neoplatonismo, el alma encierra el concepto de individuo, de persona, que dispone de una subjetividad libre o, en términos más modernos, se traduce por la conciencia, pero nunca considerada como algo estático, sino en expansión, pues siempre tiende a superar su propio “yo” en busca de otro superior o más perfecto. Es el momento en que el individuo, sin dejar de serlo, pasa a la convivencia con los demás. Para alcanzar esto, tiene siempre en cuenta lo material, lo que percibe de la sociedad en que vive y que le entra por los sentidos, lo cual es tamizado por la razón y pasa a la memoria (lo que entendemos por realismo) y, por otro lado, lo que recibe en su interior del conocimiento del ideal, que le habla del espacio que debe conquistar (el idealismo). Pues bien, combinando ambas percepciones dará como resultado el conocimiento del hombre y de la sociedad tal cual son y habrá puesto fin a su esfuerzo liberador de lo material. Además, al iluminar las sombras de esta realidad imperfecta con la luz, que le viene del ideal por la cara superior del alma, intuye que el ser humano y la sociedad pueden ser más perfectos, conecta con el ideal de humanidad y de sociedad, y es cuando siente vivamente la necesidad de integrarse socialmente y transformar la realidad en que vive. Esto es lo importante de este realismo, no reflejar con exactitud lo real, porque si así fuera, no podría rebasar su estado de imperfección.

Al abrir la conciencia al exterior, se encuentra con la realidad social, la cual también entra a formar parte del universo narrado, y la conoce, la analiza y surge la necesidad de cambiarla, porque la información que percibe en su mente del ideal no coincide con la realidad social en que vive. Es decir, conocerla supone desvelar su esencia, poner en evidencia sus injusticias, sus falsedades, con la intención de sacarla de su estado obsoleto y hacerla evolucionar. Lo que busca el pícaro es una

³ Giordano Bruno describe los distintos pasos del camino con todo detalle: “... ex privatione habet appetitum, ex appetitu appulsum, ex appulsum motum, ex motu solutionem.” (*De vinculis in genere*, “De vincibilibus in genere”, Articulus XI, f. 91v).

especie de *metamorfosis*, encaminada a la búsqueda de una sociedad más perfecta. No pretende sustituir una cosa por otra, lo que supondría en cierto modo entrar en un dinamismo revolucionario, sino mejorar lo existente haciéndolo evolucionar a la luz del ideal. Con palabras más neoplatónicas, desea espiritualizar lo material mediante el ideal de justicia, de paz o de igualdad, que es el núcleo central de este realismo.

APROXIMACIÓN AL REALISMO

Cuando el escritor se sitúa en posición de mero espectador de la realidad objetiva, lo único que percibe son apariencias, falsedades, imperfecciones, lo que se convertiría en el material de la historia narrada. Tal escritor no haría verdadero realismo, sino su simulacro, narraría una serie de apariencias o imperfecciones, porque, según la ideología neoplatónica, desconoce la verdad de las cosas que ve, la cual está en las ideas, en el ideal, en el interior del ser humano, no en el exterior que le rodea. En pocas palabras, las apariencias son la exterioridad, que no tiene valor alguno para el neoplatónico por ser imperfecta, la verdadera realidad no es la que entra por los sentidos, sino la que alcanza la razón en el interior del alma, cuando compara la información recibida por los sentidos con el ideal que percibe por la mente. Este realismo busca la verdad de las cosas en el ideal, se inserta vitalmente en el misterio del ser, los otros realismo se quedan en lo apariencial e imperfecto de la realidad objetiva.

Y es que, en consonancia con las ideas neoplatónicas, el verdadero realismo lo hace aquel que no solo observa los objetos reales, sino que está en contacto con la realidad, participa de ella y vive inmerso en las realidades humanas, sociales, políticas o religiosas. El realismo es así una vivencia personal e íntima, un compromiso, no un mero acto de observación, que descubre el camino para convertir el mundo narrado en reflejo de la realidad. Muy al contrario, este realismo es un proceso en conexión directa con lo real, con las apariencias, para que comiencen a organizarse como en la realidad misma. Pero, al relacionar en su interior la realidad con el ideal, descubre la verdad de lo real, que está en la idea universal, y esa verdad es la que quiere comunicar al abrir su conciencia y contar su vida, su experiencia vivida.

Entonces este arte, más que reflejo de la realidad, es reflejo del ideal, una búsqueda interior de la verdad, que llevará a descubrir la verdadera esencia del hombre y de la sociedad con la intención de cambiar las relaciones humanas y sociales, ya periclitadas, por otras más modernas y adaptadas a las nuevas circunstancias históricas. Su esencia, pues, es búsqueda, cambio o evolución hacia una sociedad mejor y, en consecuencia, rechaza toda verdad social o política petrificada e inamovible.

Implica la búsqueda de la verdad y el rechazo de la falsedad o pretende descubrir la perfección para aminorar la imperfección de lo real. Por eso, deben existir en la novela dos realidades separadas y de algún modo opuestas (la del pícaro y la de sus oponentes), dos modelos de hombre y de sociedad. Desde este contraste, aspira a llegar al modelo más perfecto mediante la alteración de la realidad más imperfecta a través de la deformación literaria de dicha realidad y de los personajes, con la intención de que el ideal pueda informar y dar sentido a lo real. Es, pues, una perfecta combinación entre lo que entendemos por realismo, para el neoplatónico las sombras, y el idealismo, el mundo de las ideas o ideales, combinación que consiste en que la luz del ideal ilumine las sombras y su perfección se proyecte sobre la realidad imperfecta y la dignifique⁴.

Pues bien, aunque el autor se implique en lo real, es claro que el mundo narrado en la novela es un proceso subjetivo, además psicológico, realizado en la interioridad del escritor, que va de lo real a lo mental (o de lo sensible a lo inteligible), cuyo resultado es la obra literaria, algo objetivo. En consecuencia, el realismo así entendido es la forma que ha tomado la realidad en la conciencia del novelista para la literatura. El autor, pues, no copia la realidad, lo exterior, que es siempre algo variable e imperfecto, ni su obra se convierte exclusivamente en un documento que sirva de testimonio de la sociedad de su época, lo que supondría contar la pura exterioridad, sino que el acto creador se produce en la interioridad del autor en el contacto de lo real con lo invariable y perfecto y esa nueva realidad creada es la que narra mediante un metalenguaje simbólico, que pone en conexión lo sensible imperfecto (la realidad) con lo inteligible perfecto (el ideal), formando todo ello un bloque bien compacto y unido, es decir, la realidad total. La obra de arte es una creación (*ex nihilo?*) del artista, el cual, de acuerdo con el *Pimander* (“Y vio el Hombre la creación en el fuego del Creador, y quiso también crear, y con el permiso del Padre entró en la esfera de la creación”, I, 13), se convertía en concreador con Dios, pues, para este artista, “nada es imposible” (*Ibid.*, XI, 20) o, según otros, en instrumento del Creador.

Tal realismo, por tanto, pone en movimiento el dinamismo de lo real a partir de la parte intelectual del escritor y busca crear una realidad nueva más perfecta, hacia la que se encamine el hombre y la sociedad. Según esto, es claro que tanto la nueva sociedad objetiva, que se intenta construir, como el pensamiento subjetivo que la origina, nacen de un mismo principio, la interioridad o subjetividad del

⁴ Giordano Bruno lo tiene muy claro, al decir que entre la luz y la tiniebla no existe más que la sombra, de por sí indiferente, pero puede ser buena, si se inclina hacia el ideal, o mala si va hacia el vicio: “In horizonte quidem lucis & tenebrarum, nihil aliud intelligere possumus quam vmbram... Haec in horizonte quidem boni & mali: veri & falsi. Hic est ipsum quod potest bonificari & malificari, falsari & veritae formari...” (*De umbris idearum*, in “Triginta intentiones vmbrarum”, Intentio quarta).

escritor, son producto de su alma, no de la observación directa de lo real, pues esa realidad creada (el universo narrado) es la manifestación de ese poder mental del alma del escritor, que es capaz de descubrir el ideal que alimenta esa nueva realidad. Así crea la ilusión de la vida en la obra literaria, que consiste en la posibilidad de dar a conocer lo real, no tal como es en sí, sino tal como es percibido por el autor-protagonista en contacto con el ideal de la Mente (conciencia), quien, desde su interioridad, lo transmite a los demás personajes y al lector, lo cual es una función literaria de mediación. Por este camino el realismo puede dar aspecto de real a lo que nunca ha sucedido, siempre que reconstruya las circunstancias de donde esa historia ha nacido, lo cual excluye el realismo basado en el análisis escrupuloso del principio causa-efecto, que es el que se da en la obra de arte convencional.

No nos cansaremos de decir que el laboratorio central donde se elabora este realismo es, en términos neoplatónicos, el alma, la interioridad o, si se quiere, la conciencia, no estática, algo inimaginable para un humanista, sino, ya desde el Hermetismo y claramente desde Plotino, una conciencia en expansión hacia niveles superiores de perfección y de realización. Lo que supone admitir como principio básico la espiritualidad humana, que abarca todas las potencias y facultades del hombre, desde los sentidos exteriores hasta las facultades más elevadas. Sólo así el escritor puede reflexionar sobre las apariencias exteriores, conocerlas, ordenarlas y llegar a descubrir el ideal superior, para dar sentido a lo real. En consecuencia, tal concepto de realismo no permite escindir al ser humano separando su parte material de la espiritual, su objetivo es aprovechar todas las posibilidades del hombre de una forma armoniosa y combinada, lo físico, lo emocional, lo mental y lo trascendente, que por ningún motivo están separados, sino que forman una unidad indivisible que funciona al unísono.

Ahora bien, esto no lo consigue cualquier participante de la realidad, sino solo aquel que sienta el deseo de superar las apariencias o sombras, las imperfecciones de esta realidad, y, dejadas atrás las determinaciones históricas y colectivas, verdaderos óbices en su avance, complete libremente el recorrido para descubrir el ideal y aplicarlo a la sociedad, lo cual supone que busca y anhela el cambio, lo que imprime a su acción un sentido evolutivo y transformador de lo real. En consonancia con lo que acabamos de decir, es lógico que no acepte nada como dado, sino que cuestione todo lo real mediante la reflexión, para valorarlo en su verdadero sentido y actualizarlo bajo la acción del ideal. Dicha reflexión alcanza el mundo físico, la condición humana, lo social, lo político y lo religioso, como medio de superar las apariencias, el inmovilismo, y descubrir el ideal para iluminar y perfeccionar esta realidad imperfecta.

Es fácilmente deducible de todo lo dicho que el realismo neoplatónico no puede ser de otra manera. Y la razón está en que si el arte se elabora en la interioridad del escritor, en su alma, esta tiene dos caras, la que mira hacia lo superior y la

que está en contacto con lo físico y real, lo que entra por los sentidos. Entonces este arte, que llamamos realista, es el resultado de una sabia combinación entre las dos miradas del alma, lo que todos entendemos por realismo e idealismo, que, en contra de la lógica aristotélica, no son considerados como opuestos o contrarios, sino partes o grados de una misma realidad, son diversos niveles de conocimiento o diversos grados de expansión de la conciencia. Y ello es precisamente el resultado de la acción combinada de las dos caras del alma, que permite espiritualizar lo material o aproximar lo espiritual a lo real para captar su sentido más genuino⁵, lo cual es una de las formas más completas de la revelación de la luz de la idea y, al aproximar el ideal a la realidad, se manifiesta como la presencia de lo inteligible en el mundo sensible, que es la vía por la que la luz del ideal ilumina y transforma la realidad.

Si se admite esto, es lógico concluir que este realismo es el rostro luminoso de la idea vuelta hacia el mundo. En cambio, el mundo de las representaciones, de las apariencias, de la exterioridad, el arte llamado tradicionalmente realista, impide alcanzar precisamente el sentido del encuentro entre lo material y lo espiritual, que es lo mismo que decir entre las apariencias (lo irreal) y la idea (la verdadera realidad). Claro, es la diferencia entre un arte que se asoma a lo metafísico y otro que se circunscribe a la objetividad del mundo físico. Habrá que tener en cuenta que este realismo no sólo es conocimiento de la realidad, que siempre sería muy imperfecto, sino que es sobre todo visión, intuición o imaginación, proyectada hacia lo espiritual, donde reside la verdad de la idea, pero partiendo de lo real, porque -como dirá cualquier neoplatónico- el mundo visible es símbolo del invisible. Este es el realismo neoplatónico, según el cual la obra de arte es una reverberación humanamente perceptible de lo espiritual. Debe quedar claro que este arte no se realiza en la contemplación del objeto real, sino en la operación transfiguradora del entendimiento, movido por las energías creadoras del espíritu, pues su dinamismo se expande más allá de las apariencias o formas, llega a la trascendencia de esas apariencias, para buscar una realidad universal, capaz de dar una solución a la inteligibilidad de lo real.

Con palabras esenciales del neoplatonismo, se puede decir que este realismo es producto de la acertada conjunción en el interior del ser humano de dos universos muy distantes y que sólo pueden ser unidos por y en el alma, la interioridad o la conciencia, convirtiéndose en “el hermoso arte de fabricar cosas buenas” (*Pimander*, III, 3), y consiste en descubrir la conexión de lo real con lo ideal, lo material y lo espiritual, las sombras y las ideas, la exterioridad y la interioridad del ser pensante, lo sensible y lo inteligible, en una palabra, lo que de algún modo entendemos por realismo e idealismo. Insisto en esa complementariedad de dos partes, que

⁵ León Hebreo, *Diálogos de amor*, Buenos Aires-México, Austral, 194, págs. 286-87.

no supone la división en universos opuestos o contrarios, sino una gradación en la menor o mayor apertura de la conciencia o, si se quiere, es un recorrido cognoscitivo por los diversos niveles o grados que van desde lo material hasta lo espiritual, universos sólo diferenciados en el grado de perfección y entre los que no existe ninguna oposición.

Con ello se amplía el conocimiento que aporta este arte, pues implica dos formas complementarias de conocer, las de las dos caras del alma, una contempla y conoce por las facultades superiores y la otra analiza y crea por las inferiores, lo que supone unir el conocimiento contemplativo con el activo y práctico o la contemplación del ideal con el análisis creativo de la realidad, cuyo resultado es un conocimiento total de la realidad, la física y la metafísica, tan amplio y profundo que es capaz de dar respuesta a muchas de las interrogantes que siempre se ha planteado el hombre.

EL REALISMO NEOPLATÓNICO

Si en el apartado anterior hemos aportados las ideas generales que enmarcan esta clase de realismo, nuestra intención ahora se centra en describir las características esenciales de este arte realista.

1. El realismo neoplatónico va del “yo” (la interioridad) del escritor a la *forma* narrada, mientras que otros realismos van de la *forma* de la realidad (lo exterior) al “yo”. En efecto, en cualquier realismo el escritor da forma a lo observado, es decir, recibida la información, que puede ser muy documentada, la pasa a la obra de arte, por lo que lo narrado viene a ser un reflejo o una representación de la realidad y el autor se limita a dar una forma a esa realidad. Es, pues, un proceso que en su mayor parte se desarrolla en un ámbito exterior, dentro de los límites de un conocimiento dual, en el que la separación entre el sujeto que conoce y objeto conocido es siempre perceptible y la conexión con la interioridad del escritor es mínima. De ahí que abunden paisajes urbanos, descripciones de interiores y los personajes sean los elementos que se mueven en dichos medios y les dan vida.

Por el contrario, en este realismo que estamos describiendo, el autor tiene información y conocimiento de la realidad, es algo inevitable, pues vive inmerso en ella. Pero la obra de arte es creada en su interior, es producto de su “yo” y a esa creación interior le da forma de escritura. La realidad narrada no tiene por qué parecerse a lo real, incluso puede ser pura invención, pues lo que hace es crear una nueva realidad más perfecta a partir de lo que observa en el mundo exterior. Lo importante es la interioridad del autor y la forma que tiene de ver y entender lo real, lo cual no impide que haga descripciones de exteriores, pero su importancia, dentro del conjunto del mundo narrado, es menor que las subjetividades de los

personajes y sus reflexiones. Este predominio de la interioridad da consistencia a este realismo y hace posible que lo ideal se una a lo real y el resultado sea una obra de arte realista con visión de totalidad.

2. Si tenemos en cuenta que todo neoplatonismo pretende superar la realidad imperfecta de este mundo, encontramos el germen de muchas obras literarias, en las que el hombre comienza a creer en otros mundos más perfectos y felices, hacia ellos quiere dirigirse evadiendo la realidad dolorosa en que vive, para lo que necesita algo que le permita olvidar el presente en que vive. Pero puede darse el caso en el que no busque un más allá pleotórico de felicidad, donde existan seres superiores que lo salven, sino que piense en algo más cercano y próximo, como el que la sociedad en que vive pueda evolucionar hacia un estado más justo y humano, lo que implica, no evadirse, sino comprometerse y transformar la realidad que le rodea⁶. Este es el caso de la novela picaresca y la fuerza dinámica de su realismo.

La narración se estructura en torno a un viaje geográfico de reconocimiento y de toma de conciencia del medio en que vive, para conocerlo y dominarlo y, llegado aquí el protagonista, buscar una solución a su situación, darle sentido a su existencia y no perecer en la más dolorosa soledad y rechazo. Cuando el pícaro realiza este camino, de ningún modo se puede pensar que huya del medio en que vive o de una problemática concreta, sino todo lo contrario. Paralelo al camino geográfico, comienza un recorrido interior, que le llevará a la búsqueda de una solución para su situación problemática y, cuando descubra o ponga en práctica el ideal, hallará otra realidad social más habitable para él, para lo cual necesitará cambiar el medio injusto en otro más justo y habitable. Esto es lo que desea el pícaro, otra cosa muy distinta es que logre conseguirlo, lo cual no indica que sea un fracasado, como pensaron de Lázaro todos aquellos que no le entendieron. Entonces, el camino que hace el pícaro no es una mera traslación en el espacio, es una tensión interior de búsqueda y de cambio, puesta en marcha por el movimiento que le imprime el ideal y el deseo de hacerlo realidad. Supone también, como cualquier experiencia del viajar, buscar y analizar todo aquello que se le ofrece a su consideración, para conocer el medio por el que pasa, vivir intensamente lo nuevo que va descubriendo y medir su alcance y profundidad a la luz del ideal que le mueve. Viajar es vivencia continuada, en la que es más importante la vivencia y los sentimientos que genera, que los hechos que suceden al viajero. Andar el camino conlleva una aspiración y un anhelo nunca saciados, pues siempre se tiende a lo mejor y al grado

⁶ Plotino, comentando la frase platónica del *Teeteo*, “hay que huir de acá”, enjuicia perfectamente el sentido de la huida: “Porque la huida no consiste en marcharse de la tierra, sino, aun estando en la tierra, en ser justo y piadoso con ayuda de la sabiduría, de suerte que la frase quiere decir que hay que huir del vicio.” (I, 8, 6, 10). Idea repetida desde la sociedad ideal de Platón y H. Trimegisto, *Asclepius*, C. VI.

mayor de felicidad, lo que implica un estado constante de evolución, que va de las sombras del mundo al encuentro de una perfección mayor, evolución manifestada en las reflexiones del pícaro o en los preanuncios y paralelismos de la novela.

Para conseguirlo, es necesario pasar antes por el sufrimiento y el cansancio de cualquier camino, representados en ese cúmulo de “adversidades” y sufrimientos del pícaro, que le supone el servicio a los diversos amos o etapas de su penoso peregrinar, lo que simboliza la purificación necesaria para despegar hacia la perfección. Y eso es lo que le sucede a Lázaro, que, en su interior, considera que ha pasado de la marginación a la integración y de la pobreza más absoluta ha recalado en la “prosperidad” y en “la cumbre de toda buena fortuna”. Con ello, el pícaro se ha autorrealizado, ha llegado en su interior a un estado de plenitud y de unidad con todos, por lo que él cree que se ha integrado con su oficio de pregonero en aquella sociedad. Mas, para llegar hasta aquí, ha tenido que sufrir mucho, lo que le ha purificado, le ha esclarecido su mente y ha descubierto que, para “medrar”, integrarse y ser libre, lo mejor era aprender y dedicarse a un oficio, en su caso el de pregonero, oficio que comenzó a descubrir en el servicio que hizo al capellán pregonando y vendiendo agua, porque “mi boca era medida”.

De estas consideraciones sobre el camino del pícaro, se colige con facilidad que, lo interesante para este realismo humanista, es valorar el camino interior y espiritual, las vivencias y la experiencia completa del pícaro y, sobre todo, descubrir la acción del ideal sobre lo real, lo que pone de manifiesto todas las intenciones del pícaro y el objetivo de su peregrinaje tanto interior como geográfico. Consideración que nos introduce en un plano de pensamiento donde se mezclan acepciones idealistas y realistas y no es posible juzgarlo con los parámetros del realismo convencional. Lo que hace pensar que el realismo de la picaresca tiene algo de especial y es esa unión que percibe el pícaro entre la cara inferior del alma (realismo) y la superior (idealismo).

En la base de estas ideas se percibe el eco hermético de la alquimia espiritual o transmutación de la mente desde el caos y el desorden inicial del proceso hasta la regeneración de la persona, se trata de un cambio progresivo en la persona, formulado en los siguientes términos: “La mente así como todos los metales y demás elementos, pueden ser transmutados, de estado en estado, de grado en grado, de condición en condición, de polo a polo, de vibración en vibración. La verdadera transmutación hermética es una práctica, un método, un arte.” (Hermes Trimegisto, *El Kybalion*, 8).

3. Al acercarnos a los personajes, encontramos un mundo complejo, pero atractivo, lleno de matices psicológicos e ideológicos, de ecos religiosos y de resonancias sociales e incluso políticas, todo un universo novelístico integrado por canales de comunicación y, por otro lado, de oposiciones irreconciliables. Claro, estamos ante un universo novelesco nuevo, basado en la oposición de dos ideolo-

gías y de dos modelos de hombre y de sociedad, lo que propicia que los personajes no se entiendan entre ellos. Así le sucede, por ejemplo, a Lázaro y al hidalgo, porque sus ideas o sus mitos sociales son irreconciliables y divergentes entre sí. O también a ese desconocido “Vuestra Merced”, convencido de que la infidelidad conyugal de la mujer de Lázaro le impide tener fama, cuando el pícaro, muy alejado de estas convenciones jurídico-religiosas, cree tenerla porque trabaja en un oficio y su valía o mérito personal son reconocidos por todos los habitantes de Toledo, es decir, el pícaro entiende que cada cual construye su honra o su destino con su trabajo.

Pero, en conjunto, son personajes atractivos, sea por la causa que sea. Unos son inteligentes, otros apegados a sus convenciones tradicionales por mantenerlas en vigor y otros pendientes del cambio que propician las nuevas ideas humanistas con la intención de asentarlas en la sociedad, pero todos dominados por sus obsesiones ideológicas. Incluso puede aparecer algún personaje enigmático o misterioso, como ese “Vuestra Merced”, del que nada sabemos. Y todo ello determina la evolución de la narración y le da un sentido de enfrentamiento entre dos universos diferentes.

Las diferencias surgen al comparar un personaje feudal con otro humanista, como es el caso de Lázaro frente a cualquiera de sus amos. El pícaro se caracteriza por su inteligencia hábil y su decisión acertada, por su relativismo y su concepción de la moral que genera libremente sus obras, por su defensa de la libertad, por el valor y la funcionalidad de su interioridad y el rechazo sistemático de cualquier exterioridad, por su visión social nueva basada en el principio de la “movilidad social”, por su concepción de la fama y de la forma de adquirirla, por su postura ante el trabajo manual y otras actitudes y vivencias similares. En cambio, el personaje feudal se tipifica por el sometimiento a los mitos tradicionales valorados como incuestionables, lo que infravalora su interioridad y reduce su actuación al ámbito acomodaticio a dichos mitos sociales o religiosos y su moral es la tradicional u oficial, se tipifican estos personajes por la esclavitud a todo lo establecido, sin posibilidad de una actuación personal y libre. Por ello, su interioridad o decisión personal quedan anuladas y centra todo su interés en lo exterior, con lo que el nivel de lo público domina su vida y su acción. De ahí que su concepto de fama u honra se transmita por la herencia y su conservación dependa de la opinión de los demás, no de uno mismo. La fama se tiene por la sangre o no se tiene, nadie puede conseguirla por su valía o esfuerzo personales. Entonces el trabajo es algo inútil, porque carece de una finalidad determinada y, en consecuencia, el trabajar deshonra, como le sucede al escudero.

La gran diferencia entre el protagonista y el resto de los personajes aparece con más claridad en su actuación. Estos últimos están apegados a todo lo exterior y apenas tienen interioridad, dan la sensación de ser personajes vacíos por estar

sometidos a una serie de mitos, a los que acomodan su actuación y desde los que dan sentido a lo que piensan y a lo que hacen, lo que les anula su decisión personal e individual. Son personajes alienados, esclavos de toda clase de convenciones, vacíos de personalidad y sin individualismo que genere una actuación propia, los cuales procuran guardar las apariencias y cometen, por otro lado, las mayores atrocidades, como les sucede a los diversos amos de Lázaro y de los que su homónimo Guzmán encuentra en todas las profesiones, oficios y puestos de dignidad. En cambio, el pícaro-protagonista se centra en lo interior, es un individuo con pensamiento propio y una personalidad definida y libremente decide sobre sí mismo, hasta el punto de que la libertad determina su acción y su comportamiento moral, pues su personalidad libre e independiente sólo obedece a su decisión personal y no se somete a nada exterior que pueda anularla o perturbarla. Claro, estamos asistiendo a la aparición del hombre nuevo, la persona, el individuo, que, al generar un pensamiento propio y personal, anula ese pensamiento colectivo, que se traduce en mitos sociales y religiosos generalizados e igualadores.

Estas reflexiones en torno al personaje del pícaro ponen de manifiesto las características principales del realismo neoplatónico, en el que la realidad no se refleja escuetamente en la obra de arte, sino que es el personaje el que ve y siente la realidad, todo lo convierte en su interior en experiencia, en vida, en sentimiento. Entonces, más que enfatizar los espacios u objetos externos, que también lo hace, investiga el interior de los personajes. En una palabra, cualquier exterioridad carece de valor, a no ser que sea contemplada en lo más profundo de su ser, que la convierta en sustancia propia. Por tanto, el pícaro no describe la objetividad tal cual es, sino como él la ve y la vive en su interior, que es el espacio donde se une lo real con lo ideal. En este realismo interesa más lo que piensa el personaje que lo hechos que le suceden, pues la clave de esta forma de arte reside en el pensamiento del personaje, único medio en el que el ideal converge sobre lo real. En fin, el autor de esta novela lleva al lector los pensamientos y los sentimientos de los personajes, le interesa la historia de los sentimientos del protagonista, su alma, su drama personal, no los hechos exteriores.

4. Si el protagonista no describe la realidad tal cual es, sino como él la crea en su interior, es lógico que la secuencia del mundo narrado no esté determinada por la cronología de los hechos, sino por el encadenamiento de las reflexiones del personaje y por la secuencia de sus pensamientos y sentimientos. Habrá que habituarse a ver cómo todo fluye según la interioridad del narrador, lo que le obliga a subvertir la forma para adaptarla a los contenidos que desea transmitir, y esto puede dar lugar a la aparición de la inverosimilitud, como es el caso de la cantidad de monedas que Lázaro era capaz de guardar en la boca, o la introducción de elementos folclóricos o temas tradicionales, como tantas veces aparecen en la novela. Claro, es que el arte no tiene como misión crear un mundo fantástico y alejado del

real, como tampoco ceñirse a la pura objetividad, su finalidad se centra en proporcionar un conocimiento auténtico de lo real, en desvelar su verdad, para actuar en favor de los hombres. En el caso anterior de Lázaro, la verdad estaría en la facilidad que tenía para engañar al clérigo y cubrir sus necesidades. Este realismo se aleja de la verosimilitud de la *Poética* aristotélica, que narra los hechos como deberían haber sucedido, no se reduce a lo fenoménico de las apariencias (la falsedad), sino que narra las cosas de acuerdo con el ideal interior (la verdad), que es lo que compromete al lector.

Por todo ello, este arte, más que centrarse en cómo deberían suceder los hechos, busca describir el drama psicológico individual del alma del protagonista. Permite narrar las verdades de la existencia humana y, por ello, se centra más en la interioridad del personaje que en el medio exterior que le rodea, interesa más lo que sufre o siente Lázaro que los malos tratos de sus amos. Por tanto, su eficacia no está en la descripción de la realidad objetiva, sino en aportar realidades interiores, personales y de orden psicológico, suscitadas por la acción del ideal sobre las realidades percibidas del exterior. Este realismo no se limita a la mera percepción sensorial y a la subsiguiente acción de la razón, que siempre es limitada, sino a eso y a las vivencias y reacciones del sentido interior, el ideal-verdad, que pone en movimiento al hombre total. Trata, por tanto, de descubrir la imperfección de la realidad, las apariencias, y perfeccionarla con la verdad del ideal.

Pero ese ideal, que une lo espiritual con lo material, es siempre un hilo muy sutil, trasgresor y desequilibrante, pero es el canal por donde lo ideal (la perfección) contacta con la imperfección de las apariencias de lo real, y solo las puede perfeccionar mediante la acción del ideal, no que sucedan o sean de una forma o de otra, lo que nos llevaría a la verosimilitud. Y esa dimensión del ideal, que actúa de lo imperfecto a lo perfecto, es precisamente lo que favorece el proyecto realizador del ser humano, que siente la necesidad de ser cada vez más perfecto, recorrido que describe la narración que realmente sea picaresca. Olvidar que este universo novelesco narra el camino de realización del pícaro, ya sea social, económica o trascendente, es olvidar lo esencial de este arte y la quintaesencia del Humanismo, que es siempre un programa de realización.

5. Una característica esencial del realismo picaresco es la ironía o la crítica, consideradas como el medio de combatir las verdades absolutas asentadas en la sociedad, para lo cual busca otros sentidos para lo que dice. Es un recurso para que el lector desconfíe de los pensamientos de personajes asentados en la ideología oficial dominante. Encierra una actitud crítica frente a la sociedad, que surge del interior del personaje y su individualismo, desde lo que cree y piensa, que normalmente es desde el ideal de sociedad humanista del pícaro. Esas ideas humanistas, al aproximarlas a la organización feudal de la sociedad, son las que le convierten en trasgresor de los esquemas mentales obsoletos de la mayoría social, por considerar-

los propios de siervos y sin sentido para la vida evolucionada de un ser libre, por lo que, si el pícaro los aceptara, se sometería a exterioridades estériles y aniquiladoras de su libertad.

Por todo ello, se entiende con facilidad que la narración picaresca sea una novela política y social, pues los pícaros reflejan la degradación de la sociedad mediante sus experiencias desmoralizadoras y por su enfrentamiento al orden vigente con la intención de cambiar la dimensión política y social o, incluso, religiosa. He ahí el gran objetivo de cualquier novela que sea picaresca, pues, si es humanista, necesariamente debe perseguir una finalidad transformadora de la sociedad y realizadora de ser humano.

6. En bastantes ocasiones, predomina la información sobre la representación, la acción, razón por la que a veces da datos históricos e informa sobre sus padres o sobre las diversas situaciones por las que pasa con los diversos amos o sobre lo que le sucede en su vida personal o laboral. El pícaro informa puntualmente sobre el desarrollo de su vida. Todo lo cual va encaminado a que su vida sea considerada como un *exemplum* para el lector, como medio para ilustrar una problemática moral, religiosa o política. El pícaro piensa en los demás. Y es que, en situaciones extremas de la vida, el pícaro se considera como personaje de un drama complejo, cuya enseñanza desea comunicar para que sirva de ejemplo, mediante una actitud de algún modo irónica o, a veces, piadosa.

En fin, la narración de este universo picaresco pone ante la consideración del destinatario un descubrimiento y un acto de comunicación. El pícaro es un ser marginado, pero descubre o intuye el camino o modo de integrarse en una sociedad que le rechaza. Lo halla en el ideal-verdad, donde encuentra un nuevo modelo de hombre y de sociedad, distinto del tradicional, eso le impulsa a seguirlo con la intención de descubrir una vía de integración dentro de ese nuevo modelo. Pues bien, este ideal es el que quiere comunicar a todos y consiste en que cada uno no pertenezca a un estrato social por nacimiento, sino que todos sean iguales y libres en los comienzos y cada cual se integre en la sociedad según sus cualidades o su trabajo, es decir, se trata del ideal humanista de la movilidad social frente al principio feudal de la herencia o la sangre.

Lázaro sigue este ideal y, de marginado, comienza a servir a varios amos y termina por desempeñar un oficio, llega a ser pregonero de la justicia, que era para lo que tenía cualidades. Desempeñar este oficio supone para el pícaro poner en práctica el ideal perseguido a lo largo de la narración y, con ello, ha encontrado su identidad en el ideal, más allá de lo individual, lo que le permite pensar en los demás e, impulsado por la fuerza del espíritu, agrupar a los hombres en el esfuerzo colectivo e integrador de una vida solidaria, lo cual aumenta su sentido de identidad al darle una base más sólida, pues en el ideal se encuentra con sus semejantes. Por eso, como ha descubierto su vía de integración, lo comunica con gozo y como

enseñanza para todos, pues está en la cumbre de la buena fortuna en el momento en que el Emperador celebra Cortes en Toledo.

7. De todo lo dicho se deduce con facilidad que una de las bases de este realismo es la *interioridad* humanista, categoría antropológica derivada de la noción de persona, de individuo. Desde la óptica animista de la época, surge de la naturaleza espiritual del alma, capaz de conectar con la verdadera realidad, la verdad. Esa alma o interioridad es la intermediaria entre el universo espiritual y el sensible o aparential, que los pone en comunicación. Partir de la interioridad para acercarse a la realidad, supone moverse en el ámbito de la psicología del conocimiento, entendido como instrumento de una experiencia espiritual surgida del contacto del ideal con lo real, la cual abarca todo el campo del lenguaje, así como los diversos modos figurados de expresión y, mediante ello, el sujeto cognoscente reencuentra interiormente la verdad de lo real en la certeza de su propia existencia, en todo lo que le sucede, lo mismo que el poder contar la historia de sus sentimientos y de sus convicciones personales, que es lo que ha descubierto bajo la luz del ideal.

La interioridad es el ámbito de la libertad, por eso excluye la acción dirigida por la exterioridad, pues, como el humanista vive de su interior, necesita rechazar lo exterior como algo perturbador y alienante, lo mismo que anular esa dualidad de lo material y lo espiritual, para no escindir su personalidad, que es única por ser un individuo indivisible. Pero esta interioridad tiene una forma de actuar o de manifestarse, pues, al no admitir nada exterior, rechaza toda norma externa, lo mismo que todo lo impuesto o admitido por tradición, pero se vuelca sobre sus acciones exteriores para dotarlas de sentido, porque del interior brotan los actos, las actitudes, todo. El pícaro es el paladín de esa interioridad, criticando todo lo que sea pura exterioridad o atacándola directamente o queriendo transformarla. Esta es la finalidad de lo que hemos llamado erasmismo, pero que es exigencia del humanismo más auténtico. Cuando el pícaro viva de exterioridades, la novela picaresca dejará de ser tal novela y el realismo neoplatónico perderá su sentido y eficacia

La razón de rechazar lo puramente exterior tiene su explicación neoplatónica, pues si se tiende a superar las cosas reales por considerarlas apariencias o no ser, a dudar de la fidelidad de los sentidos, ya que lo sensible no resulta fiable y sólo engendra opinión, es lógico que acuda a su interioridad para poder conectar con el universo superior de la mente, ya que la verdad o la verdadera realidad no están en las cosas, que son copias, sino en el interior de quien las percibe, donde lo real se revela en toda su consistencia dentro del espíritu, en el alma, en la interioridad. A su vez, si lo real (lo exterior) lo separamos del ámbito del espíritu, se convierte en un mero objeto, en objetividad y nada más, que para el neoplatónico es la falsedad. Por todo ello, este realismo recurre al alma o conciencia, a lo imaginario o a la fantasía, a todo el nivel espiritual y psicológico, es decir, a la interioridad, donde

reside la verdad. Dicho de forma más concreta, cuando el hombre pretende descubrir con su razón el valor y sentido de todo lo existente, incluyéndose a sí mismo, percibe que lo que le permite interrogarse sobre esa vasta realidad no es algo exterior a él, ni le es suficiente la razón que conecta por los sentidos con lo exterior, sino que es algo que reside en lo más íntimo de sí mismo, en su subjetividad. Y se da cuenta de que ese interior o manantial del ser humano es el que califica moralmente sus acciones, al dotar de sentido o significación su quehacer cotidiano.

Si se parte de esta interioridad del personaje, es claro que este realismo identifica al autor y al protagonista y la autobiografía se impone en la narración como algo necesario y evidente, pues nadie conoce su interior, ni sus sentimientos y pensamientos, ni tampoco sus reacciones ante lo que le sucede, solo lo conoce él y es quien puede contar todo, es él quien elige y selecciona aquello que quiere narrar para conseguir el fin que se ha propuesto. No se olvide que está contando su propia vida, abriendo su conciencia a los demás, por lo que buscarle un biógrafo sería algo inútil y superfluo. Entonces, el pícaro ve y cuenta su vida como un narrador omnisciente, hace su autoconfesión o apertura de su interior, y, al mismo tiempo, se considera como personaje de un drama o de una historia compleja, de donde procede su actitud irónica, otras veces airada o también vengativa y, en ocasiones, piadosa o compasiva. La autobiografía, pues, es una necesidad impuesta por la interioridad del pícaro y fruto de la ideología humanista, que informa y da sentido a esta narración picaresca.

8. Ya hemos dicho, no sé si se ha percibido su alcance, que el pícaro, al percibir y vivenciar el ideal en su interior, anula cualquier diferencia entre el sujeto que conoce y el objeto conocido y, mediante tal proceso, halla el camino para su identificación con la humanidad, vivencia que le permite llegar a una conciencia unitiva con sus semejantes, lo que supone trascender su sentido de individualidad, pues al dejar de considerar el ideal o los semejantes como objetos, se ha solidarizado con ellos, identificación que le ha permitido trascender desde su “yo” personal o conciencia habitual a una conciencia unitiva con el ideal de humanidad o de sociedad, lo cual ha aumentado su identidad adquiriendo mayor profundidad y sentido al identificar su existencia con la de los demás, lo que de ningún modo significa carecer de diferencias, el individualismo sigue presente y Lázaro sigue siendo un individuo, sino que la ausencia de dualismo indica que las diferencias continúan en las apariencias, no en la esencia de los seres que identifica a toda la especie.

La no dualidad y el acto de autotranscendencia hacia el ideal son los que dan sentido y validez a la experiencia subjetiva, porque el personaje todo lo ve y lo enfoca desde su ideal interior, que es una contemplación viviente y no un objeto de contemplación, es la conciencia unitiva con los demás. Ahora el pícaro percibe como ilusorio el “ego” separado y aislado de los demás y evidencia como real la

unidad subyacente de la idea de humanidad, que es la verdadera realidad, la suya, la que ha creado en su interior. En ese estado de conciencia unitiva es donde desaparecen las dicotomías de exterioridad/interioridad, sensible/inteligible, material/espiritual, realismo/idealismo, etc., y lo único que tiene valor es lo que siente y dice el pícaro desde su vivencia interior. Además, el reconocer que existe una identidad con los demás, más allá de la individualidad, permite al pícaro desprenderse de todos los temores, ansiedades u obsesiones, y llegar a un estado de plenitud (de individuación se llama ahora), de tranquilidad y de paz consigo mismo y con los demás, la conciencia de sociabilidad y solidaridad con todos, que es lo que le sucede a Lázaro al final de la novela por sentirse integrado en la sociedad.

Para entender mejor el problema planteado, se impone, desde el punto de vista gnoseológico, analizar la realidad en los términos de *objeto* y *sujeto* y ver cómo se relacionan y entran en contacto en el acto de conocer y, en consecuencia, en el momento de crear. En primer lugar, pensemos que el realismo que todos conocemos es de base aristotélica, que considera que la esencia de las cosas es algo inmanente a ellas mismas y, en consecuencia, son perfectas. Conocerlas, supone mantener la separación entre objeto y sujeto, quien aplica los sentidos y la razón al objeto exterior y lo conoce mediante un acto de comparación o semejanza entre cosas terminadas y perfectas. Entonces nada se puede modificar, pues no necesitan conseguir perfección, ya la tienen. Si nada se puede modificar ni transformar, no es necesario mirar hacia el futuro ni buscar la evolución del presente. Tampoco soluciona el problema de cómo se pasa de las sensaciones y la razón, algo inmanente a lo real y al sujeto que conoce, al mundo trascendente y, de este modo, mantiene el desdoblamiento del mundo en material y espiritual, que supone la relación objeto/sujeto.

En cambio, este realismo sigue la línea neoplatónica, muy clara desde Plotino, la cual parte de la dualidad de objeto y sujeto para llegar a la unidad de ambos en el interior del que conoce. Es bien conocido desde Platón que la esencia de las cosas es trascendente, por lo que hay que descubrirla en la idea universal y así llegar a la verdadera realidad de cada cosa o ser en el universo metafísico. Entonces, las cosas de esta realidad son imperfectas por ser copias de las ideas, que representan la perfección, que es lo que hay que descubrir mediante el proceso del acto de conocer. En efecto, a través de la sensación y de la consecuente actuación de la razón, conoce las cosas de la realidad imperfecta mediante un acto discursivo, pero percibe las sombras, algo imperfecto. Solo al compararla con la idea o noticia que tiene en su interior de la idea universal, es cuando conoce o vivencia intuitivamente la realidad auténtica. En este preciso momento es cuando lo conocido deja de existir como objeto separado del sujeto, desaparece el conocimiento dual y se llega a un conocimiento íntimo, unitivo, vivencial y contemplativo, porque abandona la imperfección del objeto exterior para unirse interiormente a

la perfección de la idea o ideal de dicho objeto y los dos términos del dualismo se identifican en el interior del sujeto mediante la acción de su conciencia unitiva, que es la que identifica la copia de la realidad con la perfección de su original, la idea universal, creando de este modo una nueva realidad. Así surge otra visión más atractiva de la realidad, la que propone este realismo.

Pero aquí no termina el proceso. El conocimiento comienza siendo dual, son los sentidos los que ponen en comunicación el sujeto con el objeto y pasa a ser íntimo y unitivo, es decir, deja de ver la imperfección de la sombra y sólo contempla la verdadera realidad de la idea o ideal, el modelo de perfección, momento en que coinciden sujeto, objeto y potencia⁷ y, a partir de esta *realidad total*, comienza el acto creador. Pero, en esa creación literaria, que narra la aplicación del ideal para mejorar la realidad, ya actúa de nuevo la separación de objeto y sujeto, porque ya no es contemplación, sino acción discursiva de la razón, que sólo es posible en dicha separación.

Decimos que Lázaro conoce la sociedad en que vive a través del servicio a sus diferentes amos, y es verdad, adquiere un conocimiento objetivo, pero nunca paramos a pensar si ese es el conocimiento al que en realidad llega el pícaro. En efecto, conoce esa sociedad y sufre sus consecuencias adversas y reconoce que es injusta y represora, pero, al interiorizar este conocimiento objetivo de una sociedad imperfecta, que le ofrecen la razón y los sentidos, descubre en su interior la existencia de una sociedad más perfecta, se aproxima al ideal de sociedad, se identifica interiormente con ese modelo solidario y busca el modo de llevarlo a la práctica mediante su persona y su trabajo. En este proceso, ha autotrascendido⁸ hasta el ideal, desaparece la dualidad de sujeto/objeto y su conocimiento es mucho más perfecto, ha llegado a un conocimiento íntimo y unitivo. Pero, al aplicarlo, retorna al dualismo, sin el que no existe conocimiento discursivo. He ahí el fondo de este realismo.

9. El realismo picaresco, pues, parte de la realidad para llegar a la Realidad, que es lo mismo que pasar de la imperfección a la perfección, de la cosa real a su idea, del mundo sensible al inteligible, con la intención de mejorar lo imperfecto del nivel inferior. Desarrollar este proceso, supone admitir la subjetividad y la

⁷ Cualquier teórico neoplatónico valdría para probar esta forma de conocimiento. Elegimos a León Hebreo: “El hombre es inteligente, y la naturaleza del fuego es cosa entendida de él: si están en potencia, son dos cosas dividas, hombre y fuego; y la inteligencia, así en potencia, es otra tercera cosa. Pero cuando el entendimiento humano entiende el fuego en acto, se une con la esencia del fuego y es una misma cosa con aquel fuego intelectual; y, así, la misma inteligencia en acto es la misma cosa con el entendimiento y con el fuego intelectual sin alguna división”. (*Op.cit.*, pág. 232). “... pero también en todo actual entendimiento producido, la sabiduría y la cosa entendida y el mismo entendimiento es una misma cosa en sí...” (*Ibid.*, pág. 299).

⁸ Hablo con frecuencia de “autotrascendencia” o “autodespliegue” de la conciencia, que el humanista conocía como “transmutación mental”, término de procedencia hermética y alquimista y muy próximo en su significado al de “metanoia” bíblica.

espiritualidad humanas, ya que es lo único que comunica el mundo real con el espiritual. Y como es un proceso que va de lo imperfecto a lo perfecto, se convierte en un camino de búsqueda de la verdadera realidad, donde se percibe que esta sociedad en que vivimos, lo mismo que el hombre, es algo que se puede mejorar y transformar. Y si lo real se puede mejorar, se comienza a mirar, no solo hacia el ideal, sino también hacia el futuro, al sentido evolutivo de la vida, al deseo de perfeccionar todo y, en consecuencia, a la conciencia de realización personal y de la humanidad, lo cual abre y amplía el horizonte ideológico de este realismo y marca el camino de su comprensión.

A estas alturas, es claro ya que el realismo neoplatónico no es exactamente lo que entendemos por realismo, sino la versión de una idea muy extendida en todo el neoplatonismo, procedente del principio hermético de la *polaridad*, que dice así: “Todo es doble; todo tiene dos polos; todo, su par de opuestos; los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza, pero diferentes en grado; los extremos se tocan; todas las verdades son semiverdades; todas las paradojas pueden reconciliarse” (H. Trimegisto, *El Kybalion*, 1). Enseña este principio que en todo existen dos polos o dos aspectos, los cuales, por muy opuestos y contrarios que parezcan, en realidad son los extremos de una misma cosa, cuya única diferencia entre ellos es de grado, así por ejemplo la tesis y la antítesis son idénticas en naturaleza, pero solo diferentes en grado. Entonces, la realidad, la sensible y la inteligible, es toda una y la misma, pero presenta dos extremos, lógicamente opuestos e irreconciliables para una mente dual y que hemos llamado realismo e idealismo, mas entre ellos no existe oposición alguna, sino que son los extremos de la realidad, entre los cuales puede haber muchos grados o diversos niveles de conciencia o conocimiento, lo que implica una transmutación mental de unos planos o niveles a otros.

El resultado sería una *realidad total o vivencial*, que implica un conocimiento más perfecto, el *unitivo*, pues aquí ‘conocer’ es ‘unir’ para construir la unidad de lo real, para que lo perfecto actúe sobre lo imperfecto y así llegar a una sociedad más habitable (tesis o sociedad imperfecta, antítesis o ideal de sociedad y síntesis o nueva sociedad). Es un concepto que equivaldría a la unión solidaria entre “vida contemplativa” y “vida activa” para lograr un equilibrio entre lo real y lo ideal, algo que también se había perseguido repetidamente en aquellas convergencias de la época entre Platón y Aristóteles y las órdenes monacales y conventuales perseguían la combinación entre oración y trabajo. Y si el realismo tradicional es considerado como un reflejo de la realidad, de la que el autor se informa y se documenta ampliamente, este realismo sería mejor entenderlo como interpretación de la realidad o, incluso mejor, como un reflejo de la Realidad, del ideal, de la verdad, para lo cual no necesita documentación alguna, sino *sentir y vivir* la imperfección de la realidad a la luz del ideal con la intención de interpretarla y mejorarla. En

una palabra, aflora por todas partes en este realismo la tendencia a la actividad (vida activa) y el deseo de hacer presente la perfección del ideal (vida pasiva) en esta realidad imperfecta en que vive el ser humano, de unir ambas realidades, con lo cual aparece la diferencia entre los dos realismos y el abismo que los separa.

10. Para terminar, insistamos de nuevo en el núcleo central de este arte, que es esencialmente un proceso gnoseológico. Este realismo y las ideas que expongo son neoplatónicos, muy claros a partir de Plotino y, a través de Agustín de Hipona, permanentes en dicha tradición.

El ser humano, es decir, el alma o la conciencia, recorre el camino que comienza en lo sensible (las formas), correspondiente al conocimiento sensible. Pasa después al nivel espiritual de la imagen interior y aumenta en perfección el conocimiento. Posteriormente accede al modelo del alma y el conocimiento es más perfecto. Finalmente, llega al ideal, la idea universal, y el conocimiento se perfecciona mucho más. Sólo resta el nivel de la divinidad o del Uno, al cual no puede acceder, sólo intuir, mientras esté unido a la materia. El recorrido se sintetiza en lo que llamamos el “ascenso platónico”, que puede ser cósmico o mental, pero siempre recorre los diversos grados de perfección del ser.

En los tres primeros niveles, estamos ante un conocimiento dual, caracterizado por la separación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, pero la realidad sensible inicial se va perfeccionando en su recorrido mental de lo sensible a lo racional. Al llegar al nivel de la mente, todo cambia, pues descubre la *Realidad Absoluta*, la idea o ideal, y la vivencia de la realidad física, percibida por los sentidos y perfeccionada en el interior, la fusiona con la Realidad, lo que le permite contemplar la unidad íntima y sutil de todo en la vida y la interdependencia de sus múltiples manifestaciones. El alma, como afirma Plotino (*Enéa*, V, 8, 10, 33), se ha vuelto inteligencia (mente), contempla como inteligencia y se hace una con su objeto. Y, con ello, aflora el conocimiento íntimo, inmediato, directo y no dual, mucho más perfecto que los anteriores. Ahora, conocer esta Realidad es ser Realidad, porque sujeto y objeto se funden en una misma experiencia, que es vivencia de unidad. Esa unidad del conocimiento íntimo es una contemplación viviente y no un objeto de contemplación, que sería algo dual. Esto es la mente, donde se revelan las ideas-modelos de las formas sensibles. Pues bien, toda esta experiencia cognoscitiva no se puede describir con precisión sin volver a los dominios del conocimiento dual (*Ibid.*, VI, 7, 34, 28). Todo ello es manifestación de ese fondo hermético que, superando cualquier fragmentación dualística, camina hacia la unidad y la síntesis mediante la atracción o semejanza de todo.

Ahora ya es evidente que esta Realidad Absoluta no es ideal ni concreta, ni espiritual ni material, sino un modo de conocer, un nivel de conciencia, a la que el neoplatónico considera como algo absoluto, lo que nos podría permitir, no sé si acertadamente, llamar a este realismo *Absoluto*, pero en el sentido de búsqueda

de la unidad, de la totalidad o de la realización personal, que pretende desvelar la esencia misma de las cosas para hallar una identidad en la vida y adquirir la certeza de que otro mundo es posible, siempre que estemos convencidos subjetivamente de ello y comencemos a construirlo teniendo en cuenta los factores objetivos que puedan impedirlo. Es un realismo de base ontológica, que gira siempre en torno al ser humano y, además, es el creador de una nueva realidad, que es la obra de arte.

Este proceso ascendente del alma no podría realizarse si la conciencia no pudiera autotranscender (*Ibid.* VI, 5, 7). Si puede hacerlo es porque la autotranscendencia está íntimamente relacionada con la no dualidad y, como todo esto se gesta en el alma, se enfatiza la validez de la subjetividad y la vivencia directa de la realidad interior, la fuente de donde mana este realismo y la misma obra estética. Pues bien, tal autotranscendencia lleva a diversas experiencias o grados de conocimiento, cada vez más perfectos, con lo que, cuando el conocimiento se transforma en vivencia directa e íntima del ideal, el ser humano, o Lázaro si se quiere, experimenta vivencialmente que es una parte de la humanidad, de la sociedad, momento en que trasciende su “yo” personal (el individualismo) para acceder a otros niveles superiores de convivencia, con lo que deja de observar la humanidad como un objeto, se identifica con ella y conoce un modelo de sociedad más perfecto que el real, según Plotino, “un espectáculo bello y sublime” (*Enéad.* VI, 7, 22, 22). Tal experiencia es la que mueve a Lázaro a pasar del individualismo a la vivencia de la integración social, a ser humanidad. Claro, si no hubiera superado el conocimiento dual, hubiera permanecido en el individualismo y se hubiera sentido ajeno y distinto a ella, y es que el conocimiento íntimo es fuente de unidad, mientras el dualista es causa de separación y de egoísmo. Y sabemos que se siente integrado, porque ha mejorado social y económicamente, está satisfecho de su situación, vive tranquilo con su oficio, no le pesa desempeñarlo y no busca otra situación distinta a la que posee (*Ibid.* I, 7, 26, 12), como se puede deducir del final de la novela.

No quiero terminar sin hacer una advertencia, que considero necesaria. Si uso la palabra “realismo”, no es para dotarla de nuevo contenido, sino como prueba de que encierra una tautología, pues, en esta línea neoplatónica, debido a su fondo hermético, no parece haber nada irreal en el universo, es decir, existe lo real, pero también parece ser que lo mental es real⁹. Por tanto la realidad aparece integrada por la unidad de todo aquello que vemos y pensamos, lo considerado realismo e idealismo. Y no quiero decir que las ideas expuestas sean una solución para el problema del realismo filosófico, no entro en esa cuestión, sino que este realismo descrito sería un instrumento estético en manos de los creadores humanistas, que proporcionan un nuevo sentido de lo humano y un modo de buscar

⁹ Es el principio hermético del Mentalismo: “El Todo es Mente; el universo es mental”, (*El Kybalion*, 1).

la belleza, la justicia o la igualdad, más allá de las apariencias, ya sea por la vía contemplativa o por la activa. Es la búsqueda humanista de un nuevo hombre y de una nueva sociedad.

FINAL

Termino con una advertencia y es que este realismo, además de contemplar lo sensible y lo inteligible como un todo, que no escinde al hombre en espíritu y materia, rebasa la razón, la lógica, entra en los dominios de la conciencia, de la imaginación, que abre la mente a lo desconocido y a lo infinito, permite acceder a ese universo platónico de lo inteligible y de lo espiritual, de la idea en su sentido originario, del arquetipo o forma primigenia, acceso que será mayor o menor dependiendo del grado de expansión de la conciencia, que posibilita el nivel de conocimiento unitivo, diferencias que pueden observarse en el estudio de la lírica, de los diálogos o de la novela de la época.

Este realismo está inserto en el corazón de todas las tradiciones míticas, en esa “antigua sabiduría” que surge del fondo de los tiempos y que ha dirigido los pasos de la humanidad. Tradición que versó siempre sobre la forma de conciliar lo material con lo espiritual y que Platón formuló en torno a la conciliación de lo siempre idéntico a sí mismo y lo cambiante, pasajero y mudable. Problema solucionado por Plotino al demostrar que, mediante las facultades del alma, el ser humano es capaz de espiritualizar lo material o aproximar lo espiritual a lo material, solución que siguió todo el neoplatonismo y que, en este trabajo, hemos aplicado al realismo de la novela picaresca, poniendo de manifiesto, dentro de lo posible, cómo el ideal puede informar y dar sentido a la organización social de una época.

En el fondo de toda esta cuestión está presente esa idea primigenia, de la que ha habido muchas formulaciones, sobre todo en las religiones y en el pensamiento filosófico, también en la literatura, consistente en que el hombre es un ser caído y materializado, pero su éxito realizador y liberador de lo material depende de su compromiso gradual con lo espiritual, como camino de retorno a su estado primigenio. Este es el conflicto esencial del alma humana, el combate entre espiritualización o materialización y que alimenta el proceso de realización del ser humano a lo largo de los tiempos y su confianza en un futuro capaz de colmar las ansias más legítimas de la humanidad.

